

Jueves después de ceniza



15 de febrero de 2024

Deut 30,15-20

Sal 1

Lc 9, 22-25

P. Eduardo Suanzes, msp

En la Primera Lectura del Libro del Deuteronomio, está ya próxima la muerte de Moisés y Dios renueva en Moab la alianza que ya realizó con el pueblo, en el desierto en el Monte Horeb. Una vez que Dios ha manifestado su voluntad en forma de mandatos de la alianza, éstos ya no son inaccesibles al israelita: los puede recitar de memoria con la boca y los retiene en la mente o corazón. Así interioriza y personaliza el precepto, deja de ser externo y remoto. El israelita es invitado a interiorizar la alianza para identificarse con ella, para que descubra que no es la imposición de un dios despótico que obliga al hombre a amarlo y servirlo para que le vaya bien, para que encuentre la vida.

Dios no es así. La alianza ofrecida por Dios ha de ser aceptada por el hombre en un acto libre, en una decisión radical, pero debe ser interiorizada. El pueblo debe tomar la decisión con plena conciencia del contenido y de sus consecuencias. Pero las consecuencias no son amenazas de bien o mal, de vida o muerte por parte de Dios, simple y sencillamente porque Dios nos quiere el mal ni la muerte del hombre. Dios nos propone la vida y el bien para que laselijamos. La consecuencia de no elegirlos es que tendremos el mal y la muerte, pero porque no hemos elegido el bien y la vida. Es como si alguien nos dice: «para atravesar este precipicio te ofrezco el puente; si vas por el puente llegarás al otro lado; si decides no utilizarlo y saltar al vacío te romperás la crisma; o si no lo utilizas simplemente no llegarás al otro lado» Está claro que el que me ofrece el puente quiere que lo utilice porque me llevará al otro lado del abismo, pero no podrá hacer nada si decido libremente saltar al vacío o quedarme en el lado donde no hay crecimiento, plenitud y por tanto no-vida.

La alianza, como los árboles del paraíso, enfrenta al hombre con el mal y el bien, la bendición y la maldición, la vida y la muerte.

En el Evangelio nos encontramos con el primer anuncio de la pasión por parte de Jesús. El designio de Dios para su Mesías lo conduce por la pasión y muerte a la gloria. De donde se siguen consecuencias para los apóstoles y discípulos de Jesús. La aceptación y seguimiento de esa vía decidirá el destino último del hombre. La cruz queda enmarcada en el seguimiento, también la cruz cotidiana, que consiste en ir superando el egoísmo, por el cual el hombre se malogra¹.

Es interesante que primero Jesús anuncia su pasión a sus discípulos, pero luego, cuando habla de la cruz, de seguirlo, se dirige a toda la gente. Lo que quiere decir que «seguir» a Jesús está dirigido a la vida de cualquier cristiano. Y es como si Jesús nos presentara,

¹ Cfr. LUIS ALONSO SHÖKEL. *Biblia del Peregrino. Edición de Estudio. Vol. III. Nuevo Testamento*. Ed. Verbo Divino. Estella, 1996

siguiendo el ejemplo que hemos mencionado arriba, el puente y el abismo; y nos habla de conservar y dejar, de perder y encontrar. Querer conservar, sin arriesgarse al amor indiscriminado, olvidándose de uno mismo, es quedarse en el lado del abismo donde no hay vida, donde no hay plenitud, donde uno se queda sin desarrollarse como persona, en la eterna edad infantil del yo egoico que solo está curvado sobre sí mismo.

Es por eso que Jesús habla de seguimiento; porque ser discípulo, verdaderamente discípulo, significa compartir día a día la misma suerte del Maestro; el camino que tiene que recorrer Jesús es el camino que el discípulo tiene que seguir. Y ahora que Jesús se está acercando a Jerusalén, esta noción del seguimiento mayor relieve. El «seguimiento» tiene sus exigencias específicas: cargar con la propia cruz día tras día, detrás del Maestro; estimar la vida no con parámetros de ganancia, aunque lo que esté en juego sea la totalidad de lo terrestre; no vacilar frente a una posible confrontación pública por causa de Jesús ni avergonzarse por ello ante los demás; abrirse a una espera esperanzada y a una comprensión más comprensiva del misterio y de los secretos del Reino.

Pero Jesús habla de «perder por su causa» para encontrarnos a nosotros mismos como seres plenamente desarrollados que han abandonado decididamente la etapa psicológica-infantil para desarrollarse plenamente en el servicio del hermano. Malograr la propia vida, destruirse a uno mismo, es quedarse en el lado del abismo donde no se ha elegido utilizar el puente de la cruz. La cruz, es decir, el olvido de sí mismo, la donación de sí al servicio del hermano es el medio por el cual el ser humano alcanza su plenitud como persona. Por eso Jesús propone la cruz: porque sabe que se adapta a nuestra naturaleza humana como un guante. Por eso decimos desde pequeños que: «la señal del cristiano es la santa cruz». Con esta frase tan trillada estamos diciendo que lo que nos distinguen como seguidores de Jesús, como cristianos, es la vivencia de la cruz, y nos abrazamos a ella en compañía del Maestro, que nos enseñó cómo hacerlo, solo por amor.

Buen comienzo de Cuaresma para todos.